

LAS MEMORIAS DE PETER CRANICH

11/10/03

Ya he dejado constancia alguna que otra vez que estas memorias son esencialmente para mi: Son la memoria escrita de mis reflexiones. Ayer estuve viendo "Carmen", de Vicente Aranda. Recomiendo su visión, aunque sea un bodrio como película.

El arte es sugerente. La película de Aranda es cualquier cosa menos sugerente: No deja nada a la imaginación.

Pero es importante verla. Es importante porque retrata una parte considerable del ser humano: Su parte de babuino de tribu de las sabanas de África. La hipótesis más al uso es que nos parecemos a los chimpancés. Pero para ver realmente a quien nos parecemos deberíamos acercarnos un día a esos recintos en los zos modernos donde mantienen a los babuinos.

Y es importante no por lo que retrata, sino para pensar qué clase de mentalidad hace a un director de cine elegir un tema y tratarlo como Aranda lo trata, y qué sociedad es la que se interesa por esa mercancía, la aplaude, y la paga.

El héroe de la película es un asesino que mata sin motivo alguno, como no sea aquel tan antiguo, tan animal, como es quitarle la hembra a otro animal, sin la excusa mínima de que esa hembra va a concederle alguna atención adicional a la pasajera de satisfacer su calentura vulvar.

La "heroína", Carmen, es un ser bestial, cuyas dos únicas motivaciones son el dominio, el "deseo de poder" de Nietschze, y la satisfacción fisiológica, que no sexual.

Esta es la realidad de la película, para quien quiera la realidad. Pero lo que ve la gente, no de esa película particular, sino de la película diaria de la que Carmen es imagen, es el sueño de la lotería, la alucinación de la Macarena, la vida virtual de la televisión.

El ser humano ha conseguido desarrollar una capa racional por encima de la del babuino: Ha construido los siete artes y la ciencia. Ambos tienen algo especial, y especialmente interesante: Se repiten poco. Tras Velazquez, los pintores han tenido que buscar otras formas de pintar, de relatar. Tras Beethoven, a música busca nuevas formas. La ciencia cambia día a día: es nueva, fresca, fértil.

La animalidad, con su abstracción que es el rito y la religión, es esencialmente repetitiva, como los pechos de la artista de "Carmen". La película dura 2 horas, y es una sucesión de polvos, intercalados de algunas imágenes de riachuelos, peñas y asesinatos. Pero no solo es repetitiva en si, sino que retrata una repetición de millones de años: Son las mismas historias de las sabanas africanas, de monos destrozando a otros monos, de monas ofreciendo sus vulvas a los poderosos, las historias de la Biblia.

Y sin embargo podemos hacer cosas nuevas. Pero esas cosas carecen de interés para la gran mayoría del animal humano.

La pregunta clave no es la actuación animal. Existe. Deberíamos superarla, pero existe. No, la pregunta clave es el interés que despierta. ¿Tiene interés mirar siempre el mismo azulejo? Mirar siempre la misma peña es mortal. Tras unas horas observando la jaula de los babuinos uno quiere desaparecer: No es posible aguantar más repeticiones. La sintonía de los "programas del corazón" de la tele le hace a cualquiera salir huyendo lo más lejos posible, bajo la amenaza de llegar a llorar de aburrimiento.

Es muy posible que este interés por la repetición sin cambio de la misma situación derive de una incapacidad generalizada de simpatía (de "sentir con") para el resto de

los humanos, algo que los racionales tienen en algún mayor grado. Si uno no "siente con" el otro, cada uno cree que su caso es único y nuevo. Si cada persona sobre una moto superdecibélica, cada persona en un atasco monumental, cada persona en la cola del mercado, en la sala del cine, es impermeable a la existencia de las demás, cada persona sufre un choque emocional, una catarsis, cuando ve en la pantalla sus mismas emociones animales, sus mismas ansias, cuando se encuentra en una muchedumbre rezando a la virgen para que Carmen (Lucas) se digna a mirarlo o a mirarla, cuando en la calle de la Princesa se encuentra con otras miles de personas que gritan, sin comprenderlo, que quieren otra realidad. El ser humano se asombra siempre (por animal) de que otros tengan los mismos pensamientos, los mismos anhelos, sueñen en las mismas utopías; mientras que ese asombro se vuelve extrañeza entre los racionales que conocen esa identidad desde muy pronto en su etapa vital.

Al contrario de los tópicos (que en general son falsos), los racionales comparten fácilmente sentimientos con sus copersonas. Lo que no comparten fácilmente es el asombro por encontrar sentimientos comunes, que ellos asumen como la realidad más evidente. Es muy posible que un científico o un artista se vuelque por buscar experiencias nuevas porque el asombro diario por las situaciones repetidas lo abandonó hace tiempo.

El animal humano mira y se deleita una y otra vez con la misma historia, el mismo coito, las mismas matanzas.

¿Animales o racionales?